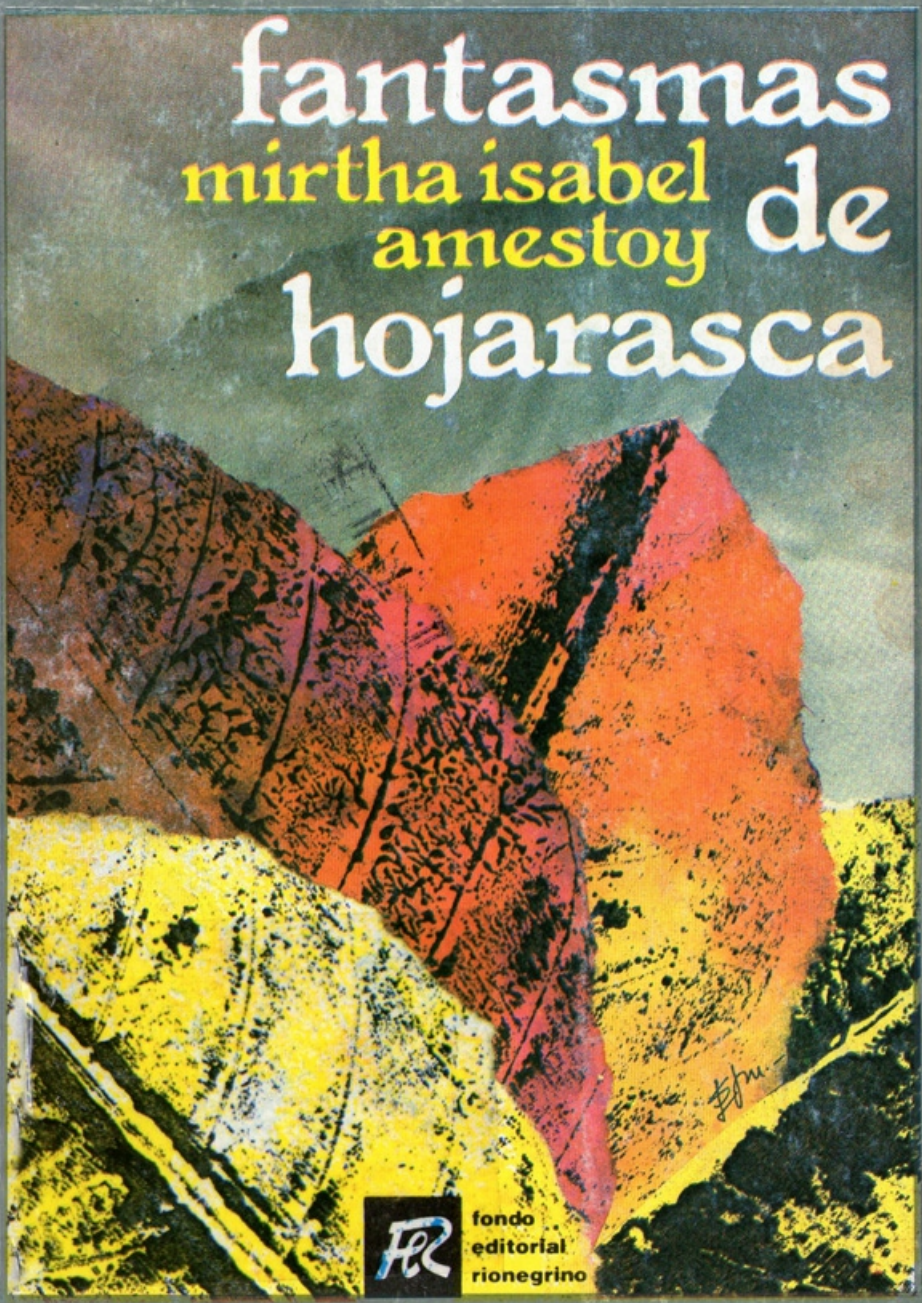
fantasmas de hojarasca

mirtha isabel amestoy



fondo editorial rionegrino

FANTASMAS DE HOJARASCA

"Voz melancólica y piadosa para las criaturas que evoca en historias agigantadas por la mirada infantil, vuelve esta autora a rescatar para la memoria de su pueblo hechos y situaciones que le pertenecen".

GRACIELA CROS

"Fantasmas de hojarasca rezuma un clima de tiempos idos, de nostalgia, de afecto al lugar de origen contemplado desde una distancia que en nada amenguó el amor por el terruño, sino que lo revalorizó con la magia que da el tiempo"

CLARA VOUILLAT

fondo editorial rionegrino
Rivadavia 55
2º Piso
8500 Viedma
Río Negro
Tel: 22627

Amestoy, Mirtha Isabel

Fantasmas de Hojarasca / Mirtha Isabel Amestoy - 1º ed.
Viedma: Edición Fondo Editorial Rionegrino, 1991
36 páginas

ISBN 950-767-009-2

Sistema de Bibliotecas y de Información - SISBI-UBA

"FANTASMAS DE HOJARASCA"

colección
tierras y mares

"FANTASMAS DE HOJARASCA"

Mirtha Isabel Amestoy

fondo
editorial
rionegrino

Ilustración de tapa: Laura Ruberti
Diagramación: Laura Ruberti

fondo editorial rionegrino

© 1991

FONDO EDITORIAL RIONEGRINO
Rivadavia 55 - 2do. piso - Viedma - Rio Negro

EDITORIAL MATIAS
Viamonte 216 - Bahía Blanca - Buenos Aires
25 de Mayo 399 - Viedma - Rio Negro

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
ISBN 950-767-009-2
IMPRESO EN LA ARGENTINA

FONDO EDITORIAL RIONEGRINO

El Fondo Editorial Rionegrino fue creado por Ley 1.869, sancionada el 4 de Septiembre de 1984 por iniciativa del legislador Guillermo Yriarte, con destino "al financiamiento, promoción y difusión de la obra literaria de los escritores rionegrinos que lo soliciten y que estén comprendidos dentro de la reglamentación que a tal efecto se dicte".

El decreto respectivo, dictado el 28 de Septiembre de 1985, asigna al F.E.R. el carácter de organismo desconcentrado en jurisdicción del Ministerio de Educación y Cultura de la Provincia.

Una comisión administradora, presidida por el titular de la Subsecretaría de Cultura, y una comisión técnica, encargada de evaluar y seleccionar los trabajos que se presentan anualmente para su publicación, son los órganos de asesoramiento y ejecución del objetivo y funciones del Fondo Editorial Rionegrino. En ambos la integración es mixta, con miembros gubernamentales y representantes de la Federación Rionegrina de Escritores.

La comisión técnica para el período 1986-1988 estuvo conformada por Yolanda Ilda Garrafa, Graciela Cros, Cecilia Girgenti, Juana Porro, Victorio Schillizzi y Clara Vouillat.

"...
Era el pueblo.
Las voces, las historias,
multiplicadas siempre las historias,
tejidas de deseo,
hechas de amor y odio,
rondando
y creciendo en las noches las historias
..."

DORA DELIA BATTISTON
(pampeana, contemporánea)

Nací en un pueblo llamado Choele Choel, un pueblo pequeño, angosto y largo, estirado a orillas del Río Negro.

Su nombre significaría, según algunos, "ruidos extraños", porque los indios habrían atribuido a la presencia de espíritus el rumor del viento entre los sauces durante la noche. Alguna vez alguien tradujo la expresión indígena por *"fantasmas de hojarasca"*, que en esencia querría decir lo mismo pero cuya connotación, mucho más poética, o la sonoridad de sus sílabas deslumbraron mis percepciones infantiles. Desde entonces me quedé con ella para aludir al nombre indio de mi pueblo y es conjurando a mis propios fantasmas, aquéllos que provienen del país de mi infancia y de mi adolescencia, que he escrito estas historias.

Si los fantasmas de hojarasca que vagaban a orillas del río inquietaban a los primitivos habitantes de aquellas tierras; los míos, pobladores eternos de ese territorio esencial, el de mi memoria, en donde germinó todo, aún siguen crepitando, como la hojarasca, para sedimentarme y alimentar mi fantasía.

DE CAMINOS Y TIEMPOS

Y de pronto la ruta
con todo el gris del mundo
estirado en desierto
de polvo y jarillares
toma una bocanada
de aire puro,
y desciende la barda
apresurándose...
Ya no importan
el tedio somnoliento,
la empecinada recta
que recorre distancias sin confines
(tal vez porque creíamos
habernos detenido para siempre
en medio de la nada)
Ya no importan...
las bardas encajonan el desierto,
lo esconden, lo contienen...
y dejan ver
desde lo alto
con cierta perspectiva omnipotente
el valle verde, el río,
la cortina de álamos,
los sauces...
y el pueblito acostado en la ribera
que se moja los pies
en la corriente
Ya no importan
los años ni los vientos...
caminos circulares,
derrotas, alegrías,
los obstinados tiempos...

ilusorios recodos
donde albergamos sueños
o aquel atajo que logró engañarnos
y dejó que naciéramos de nuevo.
Ya no importan...
la infancia nos sacude del letargo
lanzándonos al rostro
el espejismo de su aliento fresco
y otra vez el pueblito nos contiene
como en aquellos días
en que todo se hacía "para siempre".

¿Dónde quedaron los radiantes aromos
de aquella plazoleta...?
¿dónde... aquel ceibo absurdo
sobreviviente heroico
del invierno sureño...
o la fogata pacientemente armada
con matas espinosas traídas desde las bardas...?
¿En qué sitio crepitan las brasas de la hoguera
con los sones de rondas
circundándola...?
¿Cuándo calló su voz
el novelón de aquel radioteatro
o derribaron los altos tamariscos
que ocultaban inacabables patios?

Ya no importa...
a pesar de que nada
es como antes,
tampoco todo está perdido.
La memoria conserva
y alimenta
aquellas percepciones...
y las otras...
las de tantos caminos recorridos
al cabo de los años
(senderos enroscados en el tiempo,
rostros irremediablemente ausentes,
imprevistos retornos
insinuando esperanzas).
Ya no importan
la ruta cenicienta
ni el desierto engañoso...
Ya hemos regresado
a beber en el pueblito verde,
junto al río avanzando
entre los sauces,
la inocencia de los días gozosos
que milagrosamente
aún guardan
intactos.

MUCHACHAS DEL BRACETE

El bullicio de sus risas las anunciaba antes de verlas avanzar hacia donde estábamos. Chelita y yo interrumpíamos alguno de nuestros invariables juegos de vereda para contemplarlas extasiadas. Eran cinco muchachas tomadas del bracete que cada siesta de domingo caminaban sobre el pedregullo de las calles del pueblo en un ritual paseo festivo.

Eran cinco muchachas que avanzaban alegremente armonizando -quizás sin proponérselo- el zarandeo de sus faldas "campana plato" con el sonido cautivador de sus voces. Cinco muchachas radiantes que intentaban imitar los modelos que el cine de entonces les brindaba: el cabello cortito "a lo Gina" o la elegancia distante de Zully Moreno mientras enfatizaban las cinturitas "de avispa" de sus vestidos de viyela.

(Aún las veo avanzar contra el sol de la tarde, tomadas del bracete, inocentes y bellas en su seducción).

Recuerdo que Chelita escondía tras de sí, sus manos inalterablemente sucias y yo intentaba colocar en su lugar algún mechón de mi cabello revuelto, como si no quisiéramos desentonar con toda esa coquetería que avanzaba hacia nosotras.

Y allí nos quedábamos, estáticas, a punto de realizar un salto de rayuela o en pleno ensayo de alguna pose para el juego del retrato, mientras las muchachas tomadas del bracete llegaban a nuestro lado y pasaban sin mirarnos, alejándose...

Se iban graciosamente hasta doblar en la esquina en busca de la calle de la plaza. Cuando habían desaparecido aún alcanzábamos a oír el zumbido de sus voces o de sus risas. Entonces nos sentábamos en silencio, llena la memoria de la imagen fugaz que conseguía detener por un rato nuestra desordenada vitalidad infantil. Después, hablábamos sobre ellas.

(Y todos los domingos aguardábamos impacientes el paso de las cinco muchachas tomadas del bracete).

De a poco fuimos familiarizándonos con sus nombres y hasta averiguamos algunos datos sobre sus vidas. No muchos: preferíamos inventar una historia para cada una, intercambiando conjeturas que complicaban hasta el infinito la anécdota elegida.

Se llamaban Julia, Nora, Amanda,Elvira y Niní. Ahora pienso que no eran más que cinco adolescentes cuyas edades no sobrepasarían los veinte

años, pero desde nuestra infantil concepción del tiempo esa rozagante madurez de fruto que ostentaban con desenfado, las alejaba indefinidamente de nosotras, dos niñitas de zoquetes blancos y moños en el cabello, que contemplábamos absortas a las cinco muchachas tomadas del bracete.

A mí me hubiera gustado ser Julia, una rubia de piel pálida y ojos desvaídos cuya cabeza sobresalía de entre las otras coronada por una fina cabellera muy clara que acentuaba su evidente tipo eslavo.

Chelita en cambio, prefería a Niní -nunca supe si lo que le gustaba más era la jovencita vivaz a la que procuraba imitar o su nombre, cuya sonoridad la divertía tanto.

...

-Ahora vamos a jugar a ser Julia y Niní. ¿Querés?
-Dale ¿Y qué hacemos con las otras tres? ¿Las dejamos en la casa?.
-No, que vengan con nosotras pero que no hablen, así ocupamos mucho lugar, como ellas.

Tomadas del bracete, parloteando o riéndonos con afectada coquetería transitábamos interminablemente la vereda o el patio de nuestras casas ante la mirada asombrada de los mayores, quienes no lograban interpretar un juego tan extraño.

Aún puedo recomponer la cara redonda de Chelita imitando un gesto aprendido minuciosamente en infinitas tardes de domingo. Creo verla sacudir su melenita oscura que se delineaba sobre las rosas blancas de la pared medianera con un cándido aire de vampiresa pueblerina.

Durante mucho tiempo se repitió el rito: el paseo dominguero observado casi sacralizadamente, el reiterado juego de la imitación, la expectante espera...

Un domingo de tantos, mientras aguardábamos el paso de las muchachas, ocurrió lo inesperado: vimos pasar a dos de ellas de la mano de sendos conscriptos endomingados...

Un rato después entrevimos o creímos oír el pasaje de las demás, pero ya no quisimos interrumpir nuestros juegos para contemplarlas. La deserción de las primeras había destruido el rito. Sin confesárnoslo, Chelita y yo nos sentíamos traicionadas: intuíamos que no volveríamos a ver a las cinco muchachas tomadas del bracete.

El paseo dominguero y el pavoneo femenino ante nuestros ojos asombrados componían una ceremonia donde se reiteraba con un candor que ahora llega a enternecerme el ancestral juego de la seducción.

Por eso aquella tarde supimos que no volveríamos a verlas: ellas estaban listas para el amor y habían comenzado a dispersarse.

Días después alguien mencionó que Julia y su familia se iban del pueblo, que regresaban a Europa donde las cosas comenzaban a arreglarse, casi una década después de la guerra.

A Chelita no le interesó saber nada sobre Niní y tácitamente decidimos no jugar más en la vereda durante las siestas de los domingos.

Tampoco sé qué ha sido de Chelita. Hace años que encaminamos hacia espacios distantes los que alguna vez fueron asombros compartidos.

Sin embargo, a veces vuelvo a ver su infantil rostro de luna, ensayando, junto a las rosas blancas de cierto jardín remoto, gestos de mujer florecida.

Otras, en cambio, creo sentirla a mi lado mientras miramos pasar por la calle de tierra a cinco muchachas tomadas del bracete...

...

-Vamos Chelita, dale que soy Julia y vos sos Niní... ¿Chelita? ¿Acaso no me oís?

EL TIO UMBERTO, QUE VENIA DE LA GUERRA

En la estación había sólo unas pocas construcciones achaparradas salpicadas como al descuido en medio de las bardas. En un extremo algunos árboles raídos intentaban cobijar la sala de espera, donde la dureza de los bancos alargaba tristemente el cansancio de los que aguardaban. Unos metros más allá, el pequeño andén con su alero de maderas desvaídas ofrecía la posibilidad de una primera vista del tren cuando doblaba la curva cercana. Claro que esa opción suponía aguantar los embates del viento empecinadamente instalado en ese rincón perdido entre paredes terrosas.

(A los chicos nos gustaba la estación, conectada con el valle fértil donde estaba el pueblo por un camino imprevisible que repetía curvas y zanjones a lo largo de una legua interminable. También nos gustaba que el tren se anunciara con atraso para poder intentar intrépidas excursiones de ascenso entre laderas pedregosas y creernos exploradores de avanzada oteando el horizonte, de un gris tan hondo como el de la tierra, las bardas o los rieles).

Aquel domingo, todos nos pusimos nuestras mejores ropas para ir a la estación: el tío Umberto llegaba de Italia (en realidad era un primo segundo de mi madre, pero había estado en la guerra y los parientes de tinta que aún quedaban en el remoto Piamonte que la nostalgia del nono nos reinventara lo mandaban a América para curarlo de heridas "que no se ven").

Cuando el tren se detuvo, nuestra ansiedad también lo hizo y nos quedamos expectantes, de pie en el andén, mirando los botines y las botamangas pardas de un pantalón de corderoy -tela exótica para la vestimenta masculina del pueblo- que fue el primer atisbo del viajero de lejano origen. Después la figurita delgada del tío Umberto y sus claros cabellos ingenuamente desordenados contrastaron con el vacío expresivo de sus ojos, cuya transparencia conducía a profundidades de infinitos horrores. Detrás de sí, Leticia, su mujer, cobijaba entre sus caderas robustas a un niñito desvalido tan rubio como su padre. Se llamaba Lucio, y él también venía de la guerra...

(A los chicos nos decepcionaron los viajeros. Creíamos que íbamos a hallarnos con un guerrero poderoso, parecido a ésos de las historietas. Pensábamos asustarnos de su mirada fiera o a lo mejor de la sombra inquietante de alguna cicatriz que le desfigurara el rostro. Hasta hubiéramos aceptado un par de muletas o la falta de algún miembro -eso a veces sucedía en las películas del matiné de los domingos, en las que el héroe siempre vencía gallardamente a la desdicha-. Sin embargo, ese gorrioncito pálido y su magra familia de patéticos

gestos, las miradas carentes de expresión como bordadas sobre caras que no les pertenecieran, el abismo infranqueable que parecía separar sus vidas de las nuestras... frustraban toda expectativa. Sí... a los chicos nos decepcionaron los viajeros).

Y el tío Umberto se instaló en nuestra casa.

Detrás de sí, siempre con actitud huidiza y miradas vacías Leticia y Lucio se mostraban dispuestos a no romper el bloque silencioso que constituían. Ni el parloteo en dialecto del nono o de la tía Laurina -antiguos inmigrantes de una Italia irrecuperable cuya nostalgia de desterrados había recreado en larguísimos años de irreversible ausencia- lograba arrancarlos de su impavidez. A veces, sólo a veces, la abundancia de comida de nuestra mesa solía encenderles alguna luz en los ojos opacos. Les gustaba, sí, salir a caminar por la costa del río o aventurarse entre las bardas como buscando en los ascensos grises las colinas alternadamente verdes o nevadas de su tierra natal.

Poco a poco, el tío Umberto fue aislándose cada vez más. Lucio comenzó a compartir algunos de nuestros juegos y a pronunciar cómicamente en castellano palabras cotidianas. Leticia observaba con dolor las excursiones de caza que solitariamente emprendía su marido - el nono le había ofrecido su escopeta de dos caños- y luego intentaba participar de los quehaceres femeninos de la casa. Cada atardecer al regresar, la cara del tío Umberto parecía mas descarnada... los cabellos rubios encuadraban sutilmente un rostro pálido que los soles de aquel verano tampoco colorearon y el gesto sombrío acompañaba la cada vez más honda vacuidad de sus ojos. Venía de la caza como tal vez lo hiciera de la guerra: con la muerte en sus manos y en el alma.

(A mí me asustaba el tío Umberto. No entendía sus silencios ni su distancia pero intuía la violencia, la rabia o los espectros que se agolpaban dentro de su cuerpo menudo).

Una tarde no regresó a la hora acostumbrada. Cuando mucho después salieron a buscarlo, todos presentían el desenlace. Lo hallaron acurrucado contra un árbol con un boquete rojo coloreando por fin su frente pálida...

Leticia y Lucio se fueron del pueblo pero no regresaron a Italia.

Yo crecí y durante mucho tiempo me negué a ver películas o a leer historietas con héroes de cartón.

Sólo innumerables años después entendí que aquél domingo distante en la estación, el hombrecito rubio del andén no era el tío Umberto... En realidad él nunca pudo volver del horror... la guerra lo había atrapado para siempre mucho antes de que nosotros lo conociéramos.

(Transcripción de la crónica periodística)
Río Negro, Jueves 14 de Noviembre de 1946
CATASTROFE EN CHOELE CHOEL

Un camión en el que viajaban 39 personas se precipitó al río, pereciendo ahogados 29. Amplia información de nuestro corresponsal.

Siendo aproximadamente las 11 horas del día Domingo 9 del corriente el camión conducido por Juan Giretti y en el que viajaban 39 personas se precipitó al río en el punto llamado balsa Montelpare. Los actores del trágico suceso, procedentes en su mayoría de los lugares llamados La Rinconada y Paso Piedras, se dirigían a la isla Chica, a un pic-nic en ese lugar, que en esta oportunidad se efectuaba a beneficio de una institución escolar.

El camión entró en la balsa con todos sus pasajeros no habiéndose tomado la elemental medida de bajarlos con anterioridad. La velocidad ha de haber aumentado en la pendiente de acceso y cuando el conductor quiso detener el vehículo, los frenos no le respondieron...

Los ahogados

Las tumbas... una igual a otra... veinte rectángulos alineados sobre el piso de baldosas amarillas, soportando la condena de una existencia colectiva que mezcla rostros y nombres en una misma historia trágica.

Las tumbas... la cruz de granito, el escaso rectángulo -especie de cantero frustrado- cubierto con un granulado suelto que procura ocultar la seca tierra gris y apelmazada.

Chabela recorre una vez más los caminitos tantas veces transitados, se detiene para releer en cada placa los nombres familiares, las edades absurdamente breves...

Contempla los rostros juveniles, cuya lozanía está venciendo al tiempo desde el brillo esmaltado de las fotos... repite, murmurándola, esa fecha que enlaza definitivamente tantos inútiles sueños individua-les, tanto futuro desperdiciado: diez de noviembre de mil novecientos cuarenta y seis... diez de noviembre... mil novecientos cuarenta y seis... cuarenta y seis...

Y entonces imagina historias, intenta colocar los desconocidos rostros familiares en vidas inventadas que escapan a la fecha trágica, al destino acuático e imprevisible... O si no, se halla entre ellos, participa de sus risas, se sumerge con los otros en el túnel verde y sin retorno, en su silencio de agua engañadora, en esa muerte húmeda sorpresivamente detenida en las mentidas sonrisas rígidas de las fotos... ella misma es una foto más entre las otras treinta reunidas en veinte tumbas iguales, que se han alineado para siempre en esa esquina del cementerio.

-¡Chabela, Chabela! Vámonos ya. ¡Esta chica! Otra vez en babia en

medio de las tumbas de los ahogados. Yo no sé qué quiere hacer allí. A veces pienso que no debería traerla al cementerio o no venir yo y listo. Aunque no puedo dejar de visitar al nono y al Huguito y no hay manera de dejarla en casa cuando me ve salir.

...

Yo te oía mamá, pero prefería estirar un poco más ese tiempo sin tiempo entre las tumbas, como si los rostros de las fotos -¡tan jóvenes, Dios mío!- pertenecieran aún a los muchachos alegres que habían sido, antes del pic-nic, antes de aquel domingo, del río y de la balsa.

Yo te oía mamá, pero prefería quedarme un ratito más con ellos, como si no hubieran muerto cuando yo era un bebé, como si pudiera confundirme entre esas caras de peinados un poco anticuados y mirar desde una foto colocada en una cruz a la niña de cabello ensortijado y ojos indagadores, que era yo misma del otro lado, del lado de los vivos y en otro tiempo, diez años después de mi utópica muerte en el río, cuando íbamos de pic-nic a la isla.

Yo hubiera querido ser uno de los ahogados -quizás esa muchacha hermosa llamada María que estaba sola en una de las tumbas de la primera hilera, o tal vez la más joven de las tres hermanas de la segunda tumba de la hilera siguiente, y dialogar con la chiquita de diez años- cabello ensortijado, ojos indagadores- obsesivamente seducida por el episodio lejano segador de tantas vidas y sus historias.

Yo te oía mamá, pero el cuadrado de baldosas amarillas con las veinte tumbas y sus treinta fotos me había atrapado una vez más. Y estaba allí, una figurita curiosamente quieta, recortándome sobre el telón de fondo de la barda a cuyos pies se recostaba el cementerio.

...

-Y vos conocías a alguno de ellos?. ¿Era tan linda como en la foto María? ¿Viste que iban dos pibes de 14 años? y Eva tenía sólo 15. ¿Te fijaste en los ojos de Otilia y de Elvira?. ¡Tan claros!.. Si yo hubiera sido grande en esa época, a lo mejor habría sido la novia de Federico. ¿En serio que se murieron todos mamá?. ¿No habrá alguno que se fue nadando y esté viviendo en otro lado o en alguna isla?. Mamá?...

El parloteo de la niña, familiarizada con los nombres y edades de los ahogados, zumba alrededor de la madre quien contesta distraídamente, atenta en cambio a la conversación de la tía Mercedes, donde chismes y referencias a recetas y pañales se mezclan caóticamente.

Y allí vienen las tres: dos mujeres tomadas del bracete, enlazadas también por un contrapunto sabroso y una niña de cabello oscuro que avanza saltando mientras se enreda en su propia voz, capaz de tejer una urdimbre de conjeturas y fantasías que la deslumbran.

Vienen las tres por el camino seco y pedregoso hacia el pueblito estirado junto al río, mientras van dejando atrás, abandonado contra las bardas, el caserío sin luces en las ventanas del cementerio...

De pronto, Chabela vuelve hacia él su breve rostro curioso e imagina estar viendo el cuadrado de baldosas amarillas, contenedor de historias, misterioso y voraz. La imagen se confunde con otra sólo presentida o inventada: un medio día de sol, la luz enceguecedora, los sauces conduciendo hacia la balsa y un infinito túnel verde -agua sin retorno- donde el bello rostro de María espiralea un grito que no quiere apagarse.

La niña manotea asustada la mano de su madre y cierra los ojos a la visión inquietante.

Sabe que más tarde, cuando descanse de algún juego violento bajo los durazneros de la quinta o se extienda en equilibrio sobre el borde del tapial, volverá a acometerla la imagen fugaz: el túnel acuático, el rostro y el grito.

Absurdamente sabe también que esa imagen la acompañará a través de los años, junto con el remoto episodio de los ahogados detenidos para siempre en el cuadrado de baldosas amarillas.

...

-Mamá, ¿por qué quisiste que te acompañara a este rincón del cementerio?. Si ya visitamos las tumbas de mis abuelos y del tuyo, podríamos regresar a lo del tío. ¿Cierto? No me gustan los cementerios. No sé si me aburren o me dan miedo. ¿Y esas tumbas iguales?. ¿De quiénes son?

La mujer mira a su hijo adolescente y no le contesta. Ambos continúan avanzando hacia el cuadrado de baldosas amarillas.

Chabela - aunque hace muchos años que perdió el apodo de su infancia para ella misma sigue llamándose así- aún tiene el cabello ensortijado pero sus ojos han perdido mucho de aquella curiosidad imaginera de entonces. Piensa con melancólico fatalismo que su hijo no participa de sus fantasmas; que quizás ha de estar creando los suyos para arrebatarle imágenes al tiempo destructor.

Abstraída en sus reflexiones casi choca con una tumba. Levanta los ojos; ya está sobre el cuadrado de baldosas amarillas. Frente a sí hay una cruz de granito y una inscripción sobre la placa: "María Valentini, 21 años... 1925-10 de Noviembre de 1946".

En la foto, el bello rostro ha sido destruido por una piedra... el tiempo o los chicos que entrenaban su puntería no habían respetado las intocables imágenes de Chabela.

Como su hijo, que había crecido lejos, aquéllos también desconocerían la historia de los ahogados.

Dentro de sí, a pesar de la pedrada, María volvió a gritar y el túnel verde y sin retorno espiraleó en el remoto mediodía soleado.

LA ESPOSA PERDIDA

El Sr. Ortuño parecía un cuervo, algo encorvado, nariz ganchuda, unos pocos cabellos ralos plateándole la nuca por debajo del sombrero y el eterno abrigo negro que le cubría el cuerpo seco y huesudo como de pajarraco raído que se había olvidado de volar.

Recuerdo cómo recorría la esquina de su casa todos los días, a la misma hora, componiendo una escena meticulosamente repetida a lo largo de aquellos años sin tiempo de mi infancia (¿Es que mi memoria los alarga o realmente duraron tanto?). Caminaba a los saltitos, con la cabeza inclinada y la nariz ganchuda cosquilleándole el pecho.

Ya ni recuerdo a qué se dedicaba -si es que se dedicaba a algo- más bien prefiero imaginarlo, cuervo sin alas, haciéndonos acelerar el paso de puro asustados cada vez que merodeábamos la esquina fatídica, con esa frecuencia morbosa con que los niños ejercitan el miedo que llenará de sombras inquietantes sus fantasías nocturnas.

El Sr. Ortuño siempre estaba allí, en la esquina, y con él estaban sus historias como aquella que hablaba de los años en que vivía con su esposa, al parecer una pálida contrafigura desdibujada.

Alguna vez el Sr. Ortuño había tenido un automóvil, probablemente tan desgarbado y funerario como su dueño, con el que solía recorrer los caminos de entonces yendo y viniendo desde no sé dónde, silencioso, reconcentrado, desentonando con el retumbar de su autito que cabalgaba asmáticamente las huellas escarpadas y polvorientas.

El Sr. Ortuño, tan gris, tan desmañado, tan pajarraco austero ¿provendría acaso de esos matorrales espinosos que fecundan la meseta patagónica o habría nacido en tierras más amables a las que se apresuró a librar de su presencia funeraria?.

Decían que su mujer se había llamado Elisa, que era una de las hijas mayores de cierta familia de esplendores perdidos cuyos miembros terminaron por dispersarse. Sólo quedaba de ellos en el pueblo la desmoronada presencia de un caserón en ruinas que yo ya conocí convertido en refugio de vagabundos y hasta en gallinero improvisado. Lo cierto es que por imposición familiar, por miedo a la soltería pero jamás creeré que por amor, Elisa se había casado con el Sr. Ortuño -no lo imagino joven, tampoco sin abrigo, y sin sombrero oscuro- y a partir de entonces comenzó a achicarse, a fundirse tras la sombra agorera de su marido, ella misma una sombrita agónica, silenciosamente decidida a sobrevivir sin que se dieran cuenta de que lo hacía. Aseguraban que en las pocas ocasiones en que se los veía juntos siempre avanzaba unos pasos después,

mirando hacia abajo como buscando en el suelo su identidad perdida. Decían que el tío abuelo Iñaqui, al que todos recordaban robusto y zafado, amigo de juergas y de mujeres fugaces, incapaz de permanecer mucho tiempo en el mismo sitio, aunque extrañamente fiel a ciertos recuerdos, solía evocar a la Elisa de su juventud, veinte o treinta años atrás, como una muchacha hermosa a la que su familia evitaba todo contacto con los jóvenes del pueblo entre los que se contaba aquel vasquito atrevido que era él mismo, absurdamente entrampado en un amor prohibido. Contaban que con los años el tío Iñaqui venía cada vez menos, pero cuando lo hacía, nunca dejaba de hablar de Elisa como para recordar a los otros o a sí mismo que la sombra desvaída y retrasada del Sr. Ortuño alguna vez había sido una mujer hermosa a la que él había amado.

Cuando en contadas oportunidades a aquél se le ocurría llevar a Elisa en alguno de sus viajes misteriosos a bordo del coche alto y oscuro como furgón mortuorio, ella se sentaba en el asiento de atrás, y allá marchaban ambos, silenciosos e irremediablemente aislados, cada uno encerrado en su propio tirabuzón de sueños muertos, de frustraciones o de fantasías...

Hasta que ocurrió lo inexplicable: al retornar de uno de esos viajes, mientras el auto cabalgaba la huella y sus ocupantes eternizaban su silencio de siglos, ha de haberse abierto la puerta posterior sin que el Sr. Ortuño, en el volante, se percatara de ello. Lo cierto es que Elisa desapareció... la perdió en el camino sin darse cuenta, sombra gris confundida en el aire polvoriento que se le parecía. Cuando llegó al pueblo, Elisa ya no estaba y no lograron encontrarla nunca, a pesar de las búsquedas infructuosas desandando la huella del misterio. Se tejieron infinitas historias pero ella no apareció para confirmarlas o desautorizarlas. Se había esfumado en una tarde cenicienta, tan silenciosamente como había vivido.

Yo no conocí a Elisa, tampoco al tío Iñaqui, quien jamás regresó al pueblo después del extraño suceso, él también inexplicablemente desaparecido para la familia que solía albergarlo. De todos ellos sólo había pervivido la austera silueta del Sr. Ortuño caminando a los saltitos como un cuervo en decadencia, la vereda de su casa. Sólo él y la historia de la esposa perdida en el camino; sólo él y mi infancia azorada contemplándolo...

Hace poco, revolviendo en una caja que guardaba objetos viejos encontré unas fotos color sepia eternizando en poses estudiadas las imágenes sin nombre de antepasados desconocidos. Entre ellas, una postal tiernamente cursi, enmarcaba con flores a una pareja que sonreía por encima del tiempo. No sé por qué me acordé de pronto, de la historia de Elisa y el tío Iñaqui...

LAS PIEDRAS

Y las piedras caían... atravesaban los vitrales de la pared que daba al patiecito del fondo y caían sobre el piso del vestíbulo, imprevisi-bles, inquietantes, hasta con un enervante ritmo retardado. Habían comenzado a caer hacía dos días y desde entonces la calma de la casa se fue destrozando como suelen desmoronarse ciertas figuras en equilibrio, al principio con lentitud y luego, estrepitosamente. Nadie recorda-ba muy bien cómo había comenzado el fenómeno. Creían evocar una primera pedrada rompiendo la paz de la noche. Los despertó sí, pero la atribuyeron a algún ocasional grupo parrandero de los que nunca faltan en ciertas madrugadas festivas. Don Atilio, siempre tan memorioso, aseguraba que aquella noche, la de la primera piedra, no sólo había un asado en el taller mecánico de los Iribarne sino que también le hacían la despedida de soltero al petiso Elorriaga. Lo cierto es que la piedra apenas causó conmoción momentánea y después que barrieron los vidrios rotos y protestaron un poco sobre la juventud de hoy día que ya no respeta a nadie y yo no sé qué hace la policía que no se ocupa un poco más de vigilar el sueño de los que tienen que madrugar y no se pasan las noches de farra como esos parrenderos, si ahora uno no va a poder ni asomarse a la calle cuando oscurece como dicen que sucede en la ciudad... todos volvieron a la cama, a continuar el sueño interrumpido. Sólo la bocanada de aire fresco que entraba por el agujero del vitral recordaba el accidente, pero la casa había recuperado su quietud habitual.

La segunda piedra tardó en llegar. Según Cora recién cayó una semana después, aunque Mercedes aseguraba que había ocurrido dos días más tarde - Claro que Mechita siempre fue un poco exagerada para todo y no es cuestión de creer demasiado en sus afirmaciones- Lo cierto es que entre la segunda y la tercera el espacio se redujo y de ahí en más el ritmo se aceleró hasta estabilizarse en unas cuantas piedras por día. Nadie las veía llegar ni las presentía, pero de pronto ellas estaban allí, estrepitosamente presentes, en medio del vestíbulo, junto a algunos vidrios rotos que arrastraban en su caída.

La novedad de las piedras misteriosas sorprendió al pueblo. Los chismes de siempre perdieron interés y la inquietante realidad sobresaltó aún a los más indiferentes. Todo comenzó a girar en torno de las piedras y como en un velorio de proporciones desmesuradas ningún vecino dejó de concurrir al vestíbulo del enigma en algún momento de cada uno de los primeros días en que las piedras llegaron.

A medida que fueron más frecuentes, el desorden inicial fue organi-

zándose. No faltaron las encargadas de preparar el mate o servir el café, ni las que distribuían silenciosamente a los concurrentes sobre los pocos asientos u organizaban los turnos de permanencia en el vestíbulo -nadie podía pasar más de una hora corrida en él sin que en la vereda comenzaran las protestas- Tampoco escasearon algunos arrojados- tal vez sólo curiosos- exploradores de los patios y baldíos vecinos, que organizados en piquetes rastreaban la mínima huella del supuesto lanzador de las piedras ¿un loco, un vengador, un chistoso?... A medida que pasaban los días la esperanza de hallar un culpable o tal vez sólo una explicación racional se fue desmoronando como la curiosidad burbujeante de las primeras horas.

El pueblo participó ya del extraño suceso con un aire contrito que convertía en estampa animada la imagen del vestíbulo. En un sillón, frente al ventanal de vitrales, don Atilio y su mujer. A ambos lados, acomodadas en altas sillas de roble, Cora y Mechita, la última siempre demasiado inquieta, como desbordándose de la postura rígida que las circunstancias le imponían. Cora, en cambio, había hallado por fin el solemne personaje que sus fantasías imaginaban. Sentada en la silla de roble, asistía con altiva dignidad a cada estallido de los cristales que precedía la llegada de otra piedra.

Con Norma y Angelita solíamos pasar por la casa del misterio antes de ir al Nacional, cuando el ritual del mediodía achicaba la cola de curiosos que aguardaban turno de entrada. Acelerábamos nuestros almuerzos empujadas por la esperanza de poder acceder al vestíbulo en el momento en que cayera una piedra. Eran visitas furtivas, robadas a las recomendaciones maternas que insistían en preservarnos de lo inexplicable. Pero nada podía impedir nuestra curiosidad adolescente, que si bien superaba a la de los adultos, en el fondo aceptaba sin tantos cuestionamientos el extraño fenómeno. Intuíamos que algo pasaba y nosotros éramos parte de los sucesos.

Y las piedras caían... metódicamente ruidosas, concluyendo sobre el piso embaldosado su vuelo desde ninguna parte. Los demás ,
estaban comenzando a acostumbrarse a ellas, con ese fatalismo con que se aceptan ciertas desgracias familiares.

Los cuatro habitantes de la casa vieron reducirse gradualmente la multitud que los acechaba y empezaron a recuperar de a poco y como con culpa sus hábitos cotidianos. Don Atilio reabrió la tienda de ramos generales y procuró olvidar el estrépito en sordina que de tanto en tanto le llegaba desde el vestíbulo. Finalmente cerró la puerta de la trastienda que lo comunicaba con la

casa y en adelante usó la vereda para ir a ella desde el negocio. Su mujer se refugió en la cocina, intentando tapar con el sonido de ollas y cacharros confundiéndose con el de la radio inalterablemente encendida, los ruidos inquietantes.

A Mechita eso de estar sentada en el vestíbulo en actitud contemplativa ya la había hartado hacía rato, de modo que aprovechó la deserción de los otros para escapar del encierro y la compostura que evidentemente no le sentaban. Reinició sus andanzas por el pueblo en medio de una barra bullanguera y efímera que pronto se desperdigaría hacia el olvido (el pueblo era incapaz de contenerlos y todos soñaban con la partida. Estudiar afuera podía ser una buena excusa).

Sólo Cora permaneció aún muchos días sentada en el vestíbulo de las piedras, esperando a que llegaran. Un mediodía, fuimos a verla con Norma y Angelita. Estaba sola, con la misma altivez que habíamos entrevisto anteriormente, pero sin nadie a su lado que la contemplara con respeto. Sólo ella y alguna piedra furtiva que caía inexorablemente de tanto en tanto. La aceptación del extraño fenómeno, por parte de los otros le había restado grandeza. Como las piedras, Cora se estaba volviendo gris y opaca en medio de ese mudo protagonismo que los demás rechazaban.

A pesar de nuestra juventud o quizás debido a ella, nosotras intuimos lo absurdo de su drama. El pueblo no estaba preparado para nada que escapara a la experiencia precisa y cuando la gente no pudo explicarse los extraños sucesos, prefirió olvidarlos. Era mejor que Cora desistiera de sus esfuerzos... Todo debía volver a la chatura inicial y ella también.

A los pocos días las piedras dejaron de caer tan súbitamente como habían comenzado a hacerlo. Sólo unos pocos divulgaron la noticia pero nadie la comentó demasiado, como tampoco se habló mucho sobre la partida de Cora que había decidido en una noche y sin mayores explicaciones abandonar para siempre al pueblo y a su familia.

...

(Después de tanto tiempo, a veces, cuando siento que a mi alrededor no ocurre nada, cuando pienso que los días me oprimen metódicamente alejándome cada vez más de aquella adolescente que intuía la magia, sé que no importa, que después de todo, en algún lugar, todavía las piedras han de estar cayendo).

LOS CUENTOS DE LA INFANCIA

Demasiados años después, sumergida quizás para siempre en su propio exilio voluntario, Amanda solía recordar al zapatero remendón que allá en su pueblo le narraba las historias de Quijote a la niña que ella entonces era.

Aún podía verse, como grabada con alguna de aquellas tintas de olores penetrantes que embalsamaban el cuartito, sentada sobre un mostrador enclenque, inclinada hacia adelante, escuchando... A ambos lados, Carmen y Charito, las hijas del zapatero, estaban tan quietas como ella, tres pares de canillitas rematadas en zoquetes pendiendo en el aire, los ojos maravillados... y la voz, la voz recia, armoniosa, con matices diferenciados que las unía, que las seguirían uniendo a través del tiempo, mezclando narrador, personajes y oyentes en una misma historia sin fin, extrañamente circular e inacabable.

El zapatero remendón se llamaba Pedro...

Delgado y garboso, a pesar de las horas que pasaba inclinado sobre su mesita de trabajo, tenía una cierta gracia viril que seducía de inmediato. Durante años, Amanda había atribuido ese gesto altivo con que solía levantar la cabeza a las figuras heroicas que poblaban sus relatos y pensándolo bien, aún seguía creyéndolo, a pesar de que el tiempo se había encargado de derribarle casi todos sus mitos infantiles.

El zapatero era casi rubio, con unos pueriles ojos celestes encandilándole el rostro. En su interior debían amontonarse las historias legendarias de su España natal y por medio de sus labios, a través de esa voz que aún la colmaba, Don Quijote dejaba la aldea en busca de aventuras y se acercaba al taller de compostura y a las tres niñas que lo aguardaban.

Como los otros, como toda esa estirpe de inmigrantes que había partido hacia la esperanza, también el hidalgo manchego, transportado por don Pedro, llegaba al pueblo a enfrentar molinos entre sauces o a buscar el yelmo de Mambrino entre las matas espinosas de las bardas.

-Quizás a don Quijote le asombraba el río como a nosotros su larga figura enfundada en metal. Pero nos entendíamos... Tal vez, de alguna manera, nos pertenecía más que ninguna otra cosa, y ese secreto nos unía como en un pacto sagradó. Nadie en el pueblo, salvo Carmen, Charito y yo -y el zapatero, por supuesto- debía imaginarse la presencia reiterada de Quijote. Tal vez ni siquiera supieran de su existencia literaria. Y el caballero eran tan nuestro como los tesoros que guardábamos en la lata vacía de galletitas "Canale". Junto

a puntas de flecha halladas en un cañadón que pocos conocían, algún botón oxidado del traje de uno de los que hicieron la campaña del desierto, piedras de extraña forma que el río había modelado con paciencia, estaba él -venido desde muy lejos pero ya dueño de nosotras para siempre o nosotras de él, que venía a ser lo mismo- extravagante compañero de aventuras, siempre dispuesto a saltar hacia la fantasía...

A don Pedro, el zapatero, las historias de Quijote se le amontonaban en palabras sobre todo durante las tardes de invierno cuando las tres niñas sentadas sobre el mostrador eran un solo grupo silencioso y expectante. Contarlas debía recordarle su aldea natal y sacudirle los fantasmas que la guerra civil le había dejado; la misma guerra que lo empujara a América en un exilio impuesto por el hambre y las ausencias, desde una inmensa montaña de cadáveres sepultando la tierra que había sido suya. Tal vez por eso insistiera en revivir las heroicas aventuras del caballero andante, absurdamente empecinado en seguir creyendo que el mundo podía ser mejor. Quijote confiaba en la justicia a pesar de los palos. Y él - un artesano analfabeto que alguna vez había combatido contra gigantes de hierro -necesitaba recuperar aunque fuera un poco de aquel coraje suicida e inoperante, de aquella fe en un futuro soñado, a pesar de los vencedores y del destierro.

Sólo después de muchos años Amanda pudo intuir el drama del zapatero que les contaba cuentos en el cuartito de compostura de calzado. Tuvo que crecer, amar, vivir sus propias muertes..., para entender la desesperada búsqueda de esperanza que desencadenaban aquellos relatos. Pero entonces, Carmen, Charito y ella misma sólo pudieron extenderle sus manos a don Quijote para partir con él hacia el riesgo y la aventura, o para metérselo dentro de sus cuerpitos como un segundo ser que las colmara. Quizás sin percibirlo, don Pedro había logrado lo que se proponía... les había transferido su propio idealismo perdido... tal vez también, su empecinamiento.

¿Qué habría sido de él?... ¡y de sus hijas?... Finalmente, ¿qué había sido de Andresito?... ¿y de los otros?...

-Amanda, ¿en qué estás pensando?. No me escuchás y eso que hace rato que te estoy llamando... ¡Vamos! La manifestación está por partir y vos debés encabezarla con el estandarte principal.

-Sí, esperá que me ponga el pañuelo blanco.

GRACIAS POR EL CINE

Con un gesto estudiadamente casual hizo un mohín y movió su espléndida melena rubia. El cuerpo ceñido por un ajustado vestido de lamé se cimbroneó con sensualidad felina y los ojos ingenuos a pesar del maquillaje que exageraba párpados y pestañas me miraron con un aire dulcemente desvalido que me conmovió. Desde la pantalla, la muchacha rubia irradiaba su esplendor y en mi butaca, rodeada por una oscuridad cómplice que me aislaba de todo lo demás, sentí que ella era yo y que su melena radiantemente clara y esos aires de vampiresa me pertenecían.

Imaginaba que su pelo era dorado como el metal y desdeñaba el castaño rotundo de mis trenzas de colegiala. Sólo mucho tiempo después (el cine en blanco y negro no permitió que lo descubriera antes) supe que en realidad había sido platinado. No importa, yo seguí imaginándolo de oro, como de oro era la muchacha del ajustado vestido de lamé.

...

Durante tantas tardes y noches que ya ni recuerdo, el cine alimentó mi fantasía y aquellas vampiresas rutilantes - Marilyn, Ava, Kim, Lana, Dorothy- fijadas en escenas que el tiempo ha respetado contienen el vuelo revelador de una falda que descubre las piernas perfectas o se arrebujan tras la tibieza inútil de una estola que corona la audacia del escote. Allá están, en la pantalla y en la memoria, evanescentes, inasibles... pero eternas.

¿Qué fue de ellas? ¿Qué fue de mí?.

Mi padre compartía mi pasión por el cine. A mis vampiresas él oponía las suyas - Jean Harlow, Marlene Dietrich, Greta Garbo y hasta una edulcorada Mary Pickford - cuyos rostros rescataba de entre otros que poblaban interminables noches... cuando era joven y daba cine... Mi padre... pionero de ilusiones a bordo de su coche.

Iría corcoveando entre huellas profundas el viejo Ford A pintado de verde... Lo imagino avanzando hacia pueblitos tristes -aquel forcito heroico que transportaba sueños - piafante, enfurecido, con ganas de vencer al camino extenuante o de llegar quizá y descubrir la imagen que llevaba enlatada en breves recipientes... Mi padre daba cine. Yo no había nacido y aún así lo recuerdo (¿o será que el relato tantas veces contado deja de ser ajeno y se torna biográfico?). Eran tiempos difíciles -decían- aquellos años treinta de hambre y de miseria; de allí que la pantalla desdoblara la vida y la evasión del cine calmara las entrañas. Mi padre era pionero de ilusiones... ha de haberlo sabido,

por eso su nostalgia.

James Dean estira el cuerpo magro en el asiento del automóvil y acomoda su sombrero de cowboy sobre el descuidado jopo rubio que corona su rostro atormentado. Tras de sí, una pradera crepuscular enmarca la imagen indolente.

Por una calle larga avanza Gary Cooper haciendo resonar el silencio miedoso que lo rodea.

Junto a una ventana que es como una pantalla, un aburrido James Stewart de pierna enyesada es testigo de un crimen.

Brigitte Bardot hace asomar su carita de gata mientras una Julie Christie de sonrisa ancha muestra el rostro más seductor de los sesenta. Anthony Quin danza sobre una playa griega... y la canción de amor de "My fair lady" se me mezcla con la imagen exquisita de Audrey Herpburn que de florista se ha convertido en dama.

En un clima donde todo parece desvanecerse, Mya Farrow vestida de gasa clara seduce a Robert Redford convertido en el misterioso Gatsby de los años veinte.

En cierta isla alejada del escenario físico de la guerra pero hasta donde llegan sus ausencias, un adolescente se inicia en el amor durante un interminable verano que su memoria tornará eterno.

Inútilmente José Sacristán intenta resarcirse de las infinitas asignaturas que el franquismo le hizo dejar pendientes...

(El cine, el cine y sus mil caras... el cine y sus historias... la evasión y el compromiso, la comedia y el drama).

...

Sentada frente a un espejo, contemplo mi imagen adulta... sigo teniendo cabellos castaños pero hace mucho que perdí las trenzas.

Frente a mi rostro vulgar y pensativo que ha contemplado los inacabables actos comunes de una vida común se superpone, de pronto, la figura brillante de aquella muchacha rubia vestida de lamé. Hace un mohín y sacude su melena dorada.

EL ZANJON DE LOS LOROS

El pueblo se despertaba abruptamente con el graznido abigarra-do de los loros. La partida bulliciosa hacia la isla oscurecía el cielo de repente. ¡Claros amaneceres azafranados que interrumpían su placidez de lienzo cuando los loros abandonaban el zanjón en cuyas cuevas se refugiaban todas las noches!

La bandada estridente profanaba el sueño de los otros y después, el silencio pesaba como plomo sobre los párpados inquietos.

-Arboles, infancia, campo verde -piensa Marcos- quisiera volver, cabalgando distancias a aquellos amaneceres con ruido a pájaros. Recuerdo que todas las noches me proponía despertarme primero para verlos aparecer viniendo desde las bardas antes de que cruzaran el pueblo. Si lo lograba, me agazapaba silencioso en la ventana de mi cuarto esperando el sonido lejano que iba creciendo hasta penetrarme totalmente. Era entonces cuando el cielo se tornaba oscuro y chillón hasta que la bandada se hacía chiquitita detrás de los árboles que delineaban la isla.

...

En las siestas de verano el sol caía a pique sobre la tierra gris que encajonaba el pueblo, del otro lado del río, hacia las bardas.

A Marcos y a Ismael les encantaba emprender aventuras prohibidas a esa hora en que los mayores suelen desdibujarse tras la frescura de los cuartos y el mundo es una mancha de luz incandescente donde la infancia retoza. Montados en sus bicicletas se internaban en el zanjón que empezaba a insinuarse sobre el camino viejo e iba aumentando su profundidad a medida que se acercaba entre recovecos a una playita de piedras mágicamente escondida. Las altas paredes grises del cañadón, horadadas de cuevas, eran el recuerdo silencioso e inquietante de sus estridentes moradores nocturnos.

¡Azules y violetas, tonos leves, pintando cielos largos! ¡Aventura infantil; verano y bicicletas. Cuevas, zanjón, silencio. Loros ausentes!...

...

Cuando atardecía, aquéllos regresaban de chacras ignoradas, saciados de alimento y aire fragante. El cielo volvía a oscurecerse con un techo sonoro que cubría el pueblo.

-¿Te acordás de aquellos amaneceres y tardecitas estrepitosas? ¿pregunta Ismael- ¿Murieron?...

Con el automóvil detenido sobre la ruta de asfalto que corta en dos el antiguo zanjón,... intentando recuperar un remoto paisaje, el asombro perdido o tal vez los loros barranqueros de su infancia, Marcos sólo atina a musitar tristemente: -Se fueron... Volvamos a la casa. Tal vez nunca debimos regresar al pueblo.

DELFINA...

Nunca logré saber exactamente por qué Delfina decidió matarse, y de esa manera, en aquella tarde de sol tan luminosa que tornaba imposible el solo pensamiento del drama. Sin embargo lo hizo, y su imagen hamacándose sobre la baranda del puente antes de lanzarse al agua voraz del río, persistió en la memoria de todos, aunque sólo un testigo pudo describirla.

La belleza de Delfina, categóricamente sensual, conmovió al pueblo desde que había llegado. Nadie conocía muy bien los motivos de su presencia y hasta la hermana que la alojaba no parecía necesitarla demasiado. Pero allí estaba ella, tan seductora como para conmover al más indiferente y tan distante como una estrella fugaz que enceguece y se pierde. Tenía un paso cadencioso y martillante enrollándole las faldas amplias sobre las piernas rotundas en una doble visión que ocultaba y resaltaba perversamente sus formas. Solía recorrer las calles del pueblo casi siempre sola, con el rostro hermoso graciosamente levantado y la larga cabellera negra rozándole el talle menudo.

Más de un mujer envidiosa inventó historias pasadas donde la belleza de Delfina habría desencadenado desastres familiares y los hombres casados del pueblo eran amonestados obsesivamente sobre las consecuencias desastrosas del adulterio. Las muchachas solteras empezaron a mirarla con odio y prefirieron creer los embustes de ocasión para no dirigirle la palabra. El vacío creció a su alrededor a pesar de que las miradas que la perseguían iniciaban caminos de fuego hacia su figura de diosa.

Aquellos pechos desafiantes, las caderas graciosamente definidas, los breves tobillos fugaces... eran desnudados con meticulosa morosidad por miradas densas que se prendían a su piel o a las suaves ondas del cabello oscuro sobre la línea enhiesta de su columna. Era como si la muchacha paseara sin ropas entre ojos de hombres y cuchicheos femeninos. Delfina resultaba la primera mujer, la hembra esencial y el universo se había reducido a ese pueblito gris que intentaba humedecer su sequedad en el río.

El que la vió fue un chacarero que venía desde la isla con algunos cajones de fruta sobre su chata rusa. Cuando los demás llegaron ya todo había pasado y sólo un remolino más amplio que los otros parecía marcar el sitio donde el cuerpo de Delfina se había hundido.

El chacarero no dejaba de explicar cómo ella se hamacaba sobre la baranda del puente... hacia adelante y hacia atrás... levantando su rostro hacia el cielo, mientras el viento le desordenaba la larga cabellera sobre la espalda.

(Parecía contenta. Desde el terraplén que la venía mirando. Parecía una niñita en su hamaca, cada vez más ligero, más ligero, hasta que me di cuenta lo que quería hacer. Le grité, le grité... pero ella esperó que estuviera cerca y entonces soltó las manos y se hundió para atrás en el río. Cuando alcancé a llegar no vi nada más que agua oscura muchos metros abajo del puente).

Después vinieron los comentarios, la búsqueda y el llanto, pero sólo muchos días más tarde el río les devolvió el cuerpo que se había tragado. Claro que ese cadáver entumecido sobre una inocente playita de piedras donde el agua amansaba sus ímpetus, nada tenía que ver con la presencia vital e inquietante de Delfina, perdida para siempre durante una tarde de sol. Se había ido del pueblo tan abruptamente como había llegado y en su ausencia siguió conmoviendo a los que la recordaban con la misma intensidad que cuando recorría sensualmente las calles pedregosas.

Aunque se intensificaron las historias sobre ella y su pasado, que un amor perdido, que el remordimiento de muchos pecados, que la incomprensión de los otros, que un mal incurable... lo cierto es que nadie supo de Delfina más que lo que quiso imaginarse mientras ella pasaba orondamente entre silencios admirativos.

Todavía recuerdo la forma de sus piernas entre los pliegues dinámicos de su falda, aquel largo cabello oscuro acompasando floriosamente sus pasos... o la imagino hamacándose sobre la baranda del puente, de cara al cielo, tan dueña de la vida, minutos antes de elegir su muerte...

SAUCE DE RIO

Allí está... apenas sonoro,
eterno observador de la ribera,
ofrenda rumorosa de risas y de nidos,
tronco áspero, copa enorme
y hojas de un verde nítido y mimbrero.
Sauce de río,
altivamente erguido
-a pesar de crecientes y huracanes-
sobre el sedimentado lecho de la esperanza
en un espacio verde,
o amarronado, o plomizo,
con el plomizo gris de los días aciagos...
Sauce de la ribera,
a veces, enramada sensible,
protectora de cuecas y nostalgias,
otras, sólo enhiesta silueta susurrante,
inmune al tiempo o al olvido ingrato,
alineado sobre un sendero eterno
mirando el agua cambiantemente oscura,
protegiendo a los niños o a los pájaros,
sospechoso de haber entretejido
una cortina verde
que esconde a los profanos
el sitio exacto
donde está germinando el universo.

INDICE

1. De Caminos y tiempos 10
2. Muchachas del bracete 13
3. El tío Umberto, que venía de la guerra 16
4. Los ahogados 18
5. La esposa perdida 21
6. Las piedras 23
7. Los cuentos de la infancia 26
8. Gracias por el cine 28
9. El zanjón de los loros 30
10. Delfina 31
11. Sauce de río 33

Este libro se terminó de imprimir en el mes de
Julio de 1991 en los Talleres Gráficos DARIMAR
Tierra del Fuego 1011 - Tel. 49293 - Bahía Blanca
Bajo el cuidado de Editorial MATIAS
Viamonte 216 Bahía Blanca
25 de Mayo 339 - Viedma (RN)

TITULOS
DEL FONDO EDITORIAL
RIONEGRINO

COLECCION: "TIERRAS Y MARES".

"Aconteceres"
de Elena Bianchi.

"América"
de Irene Katalenic.

"Compañero de viaje"
de Carlos Rey.

"Muertes reiteradas"
de Mónica Elvira.

"Tierra fértil"
de Elsa Escudero.

"Contraluz"
de Delia I. Harina.

"De cómo fue aquello
de la casita de los tristes
y emíferos amores y todo eso"

"Conspiraciones"
de Luisa Peluffo.

"De aquí, de vos, de mí"
de Lidia Hünicken.

PARA NIÑOS:

"Munduna"
de María Cristina Casadei.

"Agua chiquita"
de Blanca Negri.

"Painé y Juan Cruz"
de María Cristina Casadei.

"Nicolás y la sombra"
de Juan Raúl Rithner.

"Tiempo de barrilete"
de Rolando Lesta.

"De como las raíces levantaron
las barreras"
de María Cristina Casadei.

"Pepa, la araña tejedora"
de Carmen Loguercio.

fantasmas de hojas

Mirtha Isabel Amestoy

Nació en Choele Choel, Río Negro, el 24 de agosto de 1945 y allí pasó su infancia y adolescencia. Estudió letras en la Universidad Nacional del Sur. Casada con un pampeano, reside varios años en General Pico. Luego se traslada sucesivamente a Luis Beltrán y Bahía Blanca hasta que se completa el círculo con su regreso a General Pico, donde vive desde 1983.

Se dedica a la docencia secundaria y escribe.

Ha asistido y asiste a talleres literarios.

Tiene un hijo adolescente.

colección
tierras y mares